

1810: Bicentenarios

Juan Pablo FUSI AIZPURÚA
(Universidad Complutense de Madrid)
jpfusi@ghis.ucm.es

Aunque sea cierta la tesis de C. A. Bayly —expuesta en su libro *The Birth of the Modern World 1780-1814* (Blackwell, 2004)— de que los primeros temblores de lo que iba a ser la era de las revoluciones (1780-1820) se produjeron en la India y en Irán, y no en Francia o en las colonias americanas, es igualmente evidente que el ciclo revolucionario occidental (revolución americana, rebeliones antiesclavistas en el Caribe, revolución francesa, guerras napoleónicas, independencias latinoamericanas) desestructuraron el mundo.

Las guerras napoleónicas (1792-1815), desencadenadas por la oposición de las potencias europeas a la revolución o por el propio expansionismo militar francés tras la llegada de Bonaparte al poder en 1799, provocaron antes o después cambios formidables —estados nuevos, cambios dinásticos, ensayos constitucionales, reformas administrativas, modificaciones fronterizas, anexiones, particiones y unificaciones territoriales— prácticamente en todas partes: en los Países Bajos, en la península italiana, en los estados alemanes, en Austria, en los Balcanes, en Prusia, en España, en Portugal, en Polonia... De hecho, bajo una fórmula u otra —gobierno directo de París, Estados satélites de Francia— hacia 1810 toda Europa occidental y central, salvo Gran Bretaña, Portugal, Cerdeña, Sicilia y Malta, estaba dentro de la órbita militar y política napoleónica.

Como se sabe en el mundo hispánico, ocupación francesa, levantamiento popular y guerra —guerra devastadora que se prolongó desde 1808 a 1813—alteraron el curso de la historia española: destruyeron el Antiguo Régimen y, al tiempo, el orden colonial, con el resultado, aquí, de la pérdida casi total del imperio americano consumada entre 1810 y 1825. 1810 fue, por un lado, el año del estallido independentista en América, cuando, ante el vacío de poder creado en la metrópoli por la situación de guerra, los Cabildos de Caracas, Buenos Aires, Cartagena, Bogotá, Santiago de Chile y Quito asumieron el poder en sus respectivos territorios; y cuando en México estalló la peculiar revolución encabezada por el cura Miguel Hidalgo. 1810 fue, por otro lado, el año en que, con la reunión de las Cortes de Cádiz culminaba el propio proceso revolucionario español desencadenado a partir de 1808.

Los trabajos que componen el Dossier *1810. Bicentenarios* de *Cuadernos de Historia Contemporánea* 32 estudian aspectos de aquel formidable proceso de cambio y aceleración histórico que tuvo, como se acaba de indicar, en 1810 una de sus fechas capitales. Todos ellos tienen algo en común: poner de relieve la extraordina-

ria complejidad de los acontecimientos que estudian (Cortes de Cádiz, independencias americanas, independencia de México, guerra napoleónicas en los Balcanes). Enfatizan, pues, lo que debería ser el punto de partida de toda historiografía: que la historia es complejidad, que las generalizaciones —sociológicas, políticas, económicas, culturales— son en historia ineptas; que la historia puede aspirar en todo caso al análisis —pormenorizado, crítico, inteligente, ponderado— de situaciones. Nada menos.